



Tomates y Renacuajos

Por Italo Vaccari





Capítulo 1: Ninabamba

El cielo estaba claro. Hacía un sol radiante. Algunos cirrus-stratos estaban colgados en la bóveda celeste como enormes sombrillas, impotentes porque no detenían los cálidos rayos solares, que al mediodía calentaban la tierra a más de 35 grados de calor. Sin embargo, una fresca ráfaga de viento húmeda y salada venía del océano que estaba a unos pocos kilómetros de distancia. El único lugar para protegerse del sol era la terraza de la casa hacienda ubicada casi al centro del fundo. Realmente casa hacienda no era. Era más bien una estancia hecha de quincha y adobe de color blanco con las suficientes puertas y ventanas, para ser fresca y habitable. El techo era de madera y estaba calafateado con una mezcla de brea y barro cocido, haciendo las veces de tejas protectoras contra la lluvia, aunque la lluvia por esos feudos era muy poca. Estaba rodeada de geranios traídos de Lima, que contrastaban con el color de las paredes. Del techo caían sendas bouganvilles de color rojo, morado y amarillo que le daban ese toque mágico de color como un óleo de Matisse de la campiña en primavera. Las puertas y ventanas eran de color azul mediterráneo, y los rayos de la luz, que rebotaban en los vidrios de las ventanas, se refractaban creando innumerables arco iris en kaleidoscopio. La casa recibía sombra de unos enormes y frondosos jacarandás, que con el paso de la brisa agitaban sus ramas y hojas dándole un fondo casi musical y perezosamente constante y repetitivo.

A unos 50 metros estaba el galpón. Depósito donde se guardaba el viejo tractor Massey-Ferguson rojo con sus enormes llantas posteriores, que a pesar de sus años surcando la tierra, aún lograba su objetivo con creces. Claro, se le acababa de hacer una reparación general y se le había tenido que llevar a Lima donde Milne & Cia., para su reparación. Se había tenido que distraer al camión Ford F-300 1951 de nombre Tigre, color verde oliva y carrocería de madera, cargarlo en ella y hacer el viaje de 1350 Km. ida y vuelta, justo cuándo mas se le necesitaba para el traslado de la cosecha al mercado. También servía de depósito de enseres agrícolas, arados y rejas, semillas, fertilizantes y demás adminículos necesarios para la agricultura. Al medio, su enorme puerta de madera envejecida por el paso del tiempo, y un viejo candado Yale oxidado, al que hacía mucho tiempo se le había perdido la llave y ya nadie se preocupaba de cerrar. El galpón tenía unos 30 metros de largo, 15 de ancho, y unos 4 de altura. Sus paredes eran de color crema pálido, y necesitaba a gritos una mano de pintura.

Detrás del galpón se encontraba la ranchería. La verdad no sé porque se llamaba así, pero eran las habitaciones de los peones del campo. Allí vivían con sus familias. Destacaba Don Modesto Chipana, quién era el capataz y jefe de los peones. Habrían unas 200 personas viviendo en la ranchería, donde usualmente sólo se veían niños jugar y madres en sus labores hogareñas de cocinar y ayudar en las faenas de siembra y cosecha de la tierra. Tenía la particularidad de tener en fila muchas ventanas y puertas. La ranchería también lucía del mismo color que el galpón. Un crema destañado y sucio. No se porqué, todo este pabellón daba la sensación de tristeza y languidez. Parecía detenido en el tiempo y no tenía ninguna decoración como la casa hacienda. No tenía flores ni arbustos. Los caminitos en los alrededores eran de tierra y cascajo, y estaban muy descuidados, aunque no se veía basura. Había un niño como de 10 años que siempre estaba allí. Jugaba con un aro de bicicleta viejo y oxidado, el que guiaba con un alambre largo con un gancho que hacía ingresar dentro del eje de aro para sujetarlo y hacerlo girar en la tierra. Se llamaba Genaro y era hijo de una señora, que cuentan, quedó viuda cuando su esposo, Don Genaro Capcha salió en compañía de unos amigos a cazar al monte y a uno de ellos se le escapó un tiro de escopeta quedando gravemente herido, pero sin ninguna posibilidad de llegar a la posta. Murió en el camino.

Más a la izquierda de la ranchería había una gran zona donde los peones y sus familias tomaban sus alimentos, y a la vez servía de cocina. Esta zona tenía unas mesas muy rústicas hechas de madera oscura y que también mostraban el paso del tiempo. Las sillas también





eran de la misma madera con el asiento y el respaldo de paja. No había ninguna silla con la paja entera. Todas estaban gastadas y rotas. En algunas sillas casi ya no se podían sentar. Toda esta área era abierta y sólo tenía 4 columnas que sostenían el techo con un armazón de madera y cubierto de chala y paja. Algunas mesas tenían un mantel de plástico pintado a cuadros de colores blanco y rojo raídos por el tiempo. Al fondo, en la única pared del recinto, había 2 marmitas de adobe con sus accesos tiznados de hollín. Dentro siempre había fuego, un fuego que, con sus brasas ardientes, parecía nunca extinguirse como la energía del sol.

Entre El galpón y la casa hacienda, había una poza de agua, de unos 25 por 15 y unos 3 metros de profundidad. Esta poza era de cemento pulido y servía de depósito de agua para todo el fundo. Se abastecía de agua por medio de una acequia que venía desde el río Acarí, a unos 200 metros de distancia, y por acuerdo con otros hacendados que utilizaban el río como fuente de agua, se había determinado el uso y derecho de aguas sólo una vez por semana. Era la fuente de vida. De acá salía agua para todas las necesidades del fundo, para consumo humano previamente filtrado, para el riego de las 400 hectáreas del terreno del fundo y demás. El agua era de color verde oscuro producto de la acumulación de moho y sedimentación que se había desarrollado dentro de ella. Al costado, había una sala de máquinas donde se ubicaba la bomba de agua que permitía el fluído del líquido vital a la tierra mediante un moderno sistema de redes de conductos y acequias. Alrededor del borde, había una loza de cemento de 2 metros de ancho en todo el perímetro. Le llamábamos la piscina. En los arbustos cercanos, siempre se veían enormes pares de ojos que curiosamente miraban todo alrededor. Nunca se acercaban pero siempre estaban ahí. Eran los sapos y ranas que jugaban y croaban, pero sobre todo de noche, cuando sus sonidos se confundían en ese concierto de sonidos que sólo las noches en el campo nos regalaban.

Se llegaba al fundo por una camino de tierra y cascajo de aproximadamente 2 kilómetros de largo, desde la entrada en la carretera panamericana sur a la altura del kilómetro 651. La pista de acceso estaba rodeada por sendos tomatales, la cosecha de la estación, que le daban un colorido brillante al paisaje. Se combinaba el verde de las hojas con el rojo encendido de los tomates, contrastando con la aridez de la zona. Eran 400 hectáreas de las cuales unas 200 estaban sembradas de tomates ya en proceso de cosecha. Otras 50 hectáreas estaban sembradas de panllevar como frijoles, papa, yuca, habas, etc. Eran para el consumo de los peones y de la casa. Dentro de esta área también habían animales, como vacas lecheras, carneros, chanchos, pavos, gallinas, patos, etc., dentro de sus respectivos corrales, por no mencionar a los perros y gatos que pululaban libremente por la hacienda. En medio de la chacra habían varios camiones con peones extraños a la ranchería, recogiendo en jivas de madera de 25 kilos, los tomates que después llevarían a las ciudades cercanas como Arequipa, Chala, Nasca e Ica. Dentro de la cabina de los camiones estaban los choferes, quienes siempre estaban durmiendo. Destacaba hacia el este los cerros que se constituían en los contrafuertes de la cordillera y que daban la sensación de una gran pared que separaba el valle de la sierras cercanas. Hacía el oeste, el mar. De noche se escuchaba el romper de las olas contra los acantilados de la zona, y si se salía de noche por el campo, la combinación del sonido a lo lejos del mar con el cielo estrellado, configuraba un ambiente mágico y vasto de profundidad y tranquilidad insuperables. Había otras 150 hectáreas que estaban siendo preparadas para sembrar olivos, algunos de los cuáles ya estaban allí. Pero aún no había producción porque este tipo de agricultura es para 5 años de extenuado aliento. El fundo se encontraba dentro del grupo denominado "La Bella Unión" cerca del pueblo de Acarí, en la provincia de Caravelí del departamento de Arequipa. Todo esto era Ninabamba. Hermosa y grande.

----- XXX -----





Capítulo 2: Far West

Era como de 80 centímetros, la caña larga y recta. En un extremo llevaba la punta de pedernal trabajada a cincel y de forma cónica; y en el otro, cuatro plumas finamente cortadas para darle estabilidad al misil previamente extraídas de una vieja águila imperial que vino morir en este extremo de la pradera. Este venía a una velocidad que casi no permitía verse, sin embargo, traía un zumbido como el de una avispa en un predatorio ritual acosando a su víctima. Era fácilmente reconocible y él se puso a buen resguardo casi sin pensarlo. Pero no fue suficiente el haberse tirado al piso tan rápido. La flecha llegó en una fracción de segundo y perforó su sombrero de manera humillante y despreciable. Estuvo unos segundos como que si todo se hubiese detenido y su mente no se encontraba con la realidad de lo que estaba pasando. Estaba siendo acechado por un enemigo invisible. La flecha le indicó de quién se trataba. Era un piel roja que quería arrancarle el cuero cabelludo y luego mostrarlo como trofeo en su pueblo. Seguramente se trataba de un indio de la tribu comanche por el estilo sorpresivo y eficaz, aunque no completamente. Después de todo, aún seguía con vida. Claro, tenía que ser un comanche. Hacía días que venían persiguiendo a un grupo de éstos porque se habían robado caballos del fuerte Apache, donde vivían, en un momento vulnerable cuando la dotación militar del fuerte había salido en busca de otros pieles rojas. Sin embargo, era curioso encontrar a un piel roja actuando solo en medio del bosque. Estos actuaban en grupos organizados y raramente se les veía solos. Ya se lo había advertido el Mayor Smith, que no se aventurara solo fuera del fuerte porque había muchos comanches con ganas de cortar cueros cabelludos. En lo que iba del año ya se habían hecho de más de 20 cabelleras. Pero no pudo con su genio, y tuvo que salir a vengar a esos 20 infelices que perdieron la vida sólo por su cabellera. Él lo podía hacer y estaba en pos de lograrlo. Pero, esta flecha le había detenido de bruces y tenía que reconsiderar sus motivaciones y posibilidades.

Acababa de recuperar el aliento y el alma le regresó al cuerpo. Se revisó por si tenía algún otro motivo de que preocuparse, pero todo seguía en su sitio y no había dolores que sufrir, salvo la afrenta de perforar su sombrero, compañero de mil batallas. Esta vez estaba humillado y tenía que al menos matar a 5 comanches a cambio del sombrero perforado por la flecha. Se levantó de un solo impulso y antes de que estuviese totalmente derecho, otra flecha surcó el aire. Pero esta vez, con menos puntería, tanto así que fue a incrustarse a un enorme abedul detrás de él. Y luego una tercera que le obligó a tirarse nuevamente al piso y saborear el insípido sabor de la tierra. Otra humillación más. Con mucho sigilo empezó a rampar en retroceso hacia el abedul para poderse poner detrás de él y así protegerse de esta andanada de flechas. Luego de unos segundos, finalmente logró sus propósitos. Se guareció detrás del enorme árbol, y esto le dio al menos otro espacio de tiempo para reevaluar totalmente sus opciones y estrategias. Su principal problema era que el piel roja sabía donde estaba él, pero él no sabía donde estaba el indio. ¿Cómo enfrentar esta situación? El abedul solo le cuidaría un poco de tiempo más. El predador seguramente ya estaba moviéndose a otra posición donde en muy pocos segundos le iba a dar caza. En medio del bosque es difícil encontrar a alguien que no quiere ser encontrado, más si es un vil comanche.

Sacó de sus cartucheras los revolver Colt calibre .44. Estaban abastecidos y listos para disparar. Los percutió y los mantuvo en sus manos, y con ellos como guía, se aventuró a sacar un revolver como avanzada, pero no había terminado de presentar el arma, cuando escuchó la tensión que hace la cuerda de tripas de carnero del arco de flechas del comanche y zás... otra flecha cruzando el espacio y rompiendo el silencio que ya se había instalado en el bosque. Para esto, ya no se escuchaba ningún ruido. Los animales se habían quedado mudos ante el combate que se avecinaba entre dos gladiadores. Como privilegiados observadores de esta nueva batalla se encontraban en ramas, detrás de piedras, escondidos bajo la tierra, y desde cualquier otra posición expectante, a la espera de caer sobre los despojos guerreros del perdedor del combate. La flecha pasó muy cerca de su mano y sintió





Tomates y renacuajos

el latigazo de las plumas estabilizadoras, que al pasar quemaron su muñeca, la que empuñaba el revolver Colt .44, como el fuego griego sin dejar rastro pero con un dolor intenso. La cosa iba en serio. Ya había recibido 4 flechas del predador y el recién sacaba sus armas. Pero, ¿dónde estaba el comanche? Y, ¿si saliera como los grandes, gritando Jerónimo y disparando a diestra y siniestra?, ¿hacia donde? Algo tenía que hacer y rápido. Inocentemente cogió una piedra del piso y la tiró hacia un costado para ver que hacía el piel roja, pero nada. Tiró otra más adelante, y nada tampoco. Levantó la mirada y vio otro abedul como a 10 metros. ¿Me aventuro? – se preguntó, Bueno, ¡que diablos! Después de todo, el era un héroe, y los héroes nunca mueren en batalla. Siempre mueren los indios, ¿no es verdad?

Cuando empezó a correr no pudo. Sintió algo en la espalda. Algo le sujetaba con fuerza, mucha fuerza. No podía soltarse y no sabía que era. Se imaginó de todo, quizás un animal del bosque, pero en el bosque no habían animales tan grandes que ejercieran tanta fuerza. Pensó en una rama del abedul, tampoco. En un instante sintió un calor que se le pegaba a la espalda y que lo cubría como un manto húmedo. Venía acompañado con un fuerte y desagradable olor a sudor. Y de pronto escuchó unas palabras en un idioma que desconocía. Era el comanche. El vil comanche que le había rodeado y le estaba atacando por la retaguardia. Tenía la fuerza de un toro y no se podía desembarazar de este elemento que lo había detenido por completo y le impedía moverse. Trató de voltear la cabeza para ver de quién se trataba, pero le era imposible. Más bien, le seguía hablando en una lengua que no entendía. Ya lo había reducido y le estaba doblando para colocarlo en el piso, pero seguía forcejeando con todas sus fuerzas. No eran suficientes para contrarrestar al enemigo. Los revolver se le habían caído de las manos y el comanche inteligentemente los había pateado lejos de su alcance. No tenía salida y no podía zafarse. Entonces le entró una sensación de miedo, de terror, de impotencia. Sentía que algo no estaba bien. En un esfuerzo extremo, logró cambiar su posición, para estar un poco más de costado, y en ese momento vio con estupor cuando el piel roja sacaba de un funda de piel, un enorme cuchillo que brilló al momento de entrar al contacto con los pocos rayos de luz que penetraban el bosque. A la vez el comanche empezaba a reírse y le decía palabras que no entendía. Lo que si entendía era que estaba a punto de morir, y que si no hacía algo inmediatamente sus lindos mechones rubios iban a pasar a formar parte muy pronto de la colección de este predador de hombres blancos. El cuchillo se acercaba a su costado izquierdo, donde seguramente lo iba a clavar para llegar por debajo de sus costillas al corazón, y de esa manera darle fin. Ya casi sentía la punta afilada del cuchillo rompiendo los tejidos de su piel y luego abriéndose paso a través de los pulmones al órgano vital. Ya estaba a muy pocos centímetros del punto elegido por el comanche y aún no tenía nada con que evitarlo. Dios, ¡sálvame! ¿Que hago? – pensó con angustia. Una lágrima de rabia empezaba a recorrerle la mejilla izquierda ante la impotencia de la muerte. Su mente se resistía a este desenlace, aunque las fuerzas ya le estaban abandonando y la energía que aún le quedaba sólo le servía para respirar y ver como se iba apagando un mundo del que consideraba aún prematuro dejar. Todo lo que tenía por delante que vivir, y éste horrible comanche lo estaba rompiendo como un fino cristal cayendo a una inevitable fractura en mil pedazos contra el piso. Ya no le quedaba nada, ya no podía hacer nada. Iba a morir en un segundo...

- Luchito... ¿Luchito? ¿Dónde te has metido muchacho? – dijo Lucila con energía.
- ¡Otra vez lo mismo! Estoy acá tía Lucila.... Dijo Luchito mientras salía de entre los matorrales en dirección a la casa hacienda.

----- XXX -----





Capítulo 3: Desayuno

Detrás de unos arbustos como a 10 metros de la terraza apareció Luchito enterrado de pies a cabeza. Luchito tenía 6 años recién cumplidos. Su talla y contextura eran en promedio para su edad. No era ni delgado ni grueso. Tenía cabellos castaños claros y unos ojos medianos de color azul cielo. Por alguna razón siempre llevaba el cabello corto, cuando hubiese sido mejor llevarlos largo. Se lucía mejor. Quizás por que su padre, Lucho como él, era capitán de caballería del ejército, y así seguramente lo había dispuesto. Su nariz era tipo romana, producto de sus genes itálicos por rama materna y paterna. Sus orejas con pallares bien definidos y cuello no muy largo.

Estaba vestido con una camisa blanca de mangas cortas, a la cual le faltaba un botón a la altura de la barriga, y no estaba del todo dentro del pantalón. La mitad la tenía fuera. Usaba pantalón de jean de color azul un poco gastado y roto en las rodillas, víctima de su actividad vacacional intensa. Los zapatos de color marrón eran rescatados del año escolar anterior. Se consideraba en la familia que éstos deberían ser utilizados hasta que no quede cuero en ellos, y especialmente en Luchito que tenía una particular manera de gastarlos prematuramente. Sabiduría maternal. Sin embargo, lo más resaltante de su atuendo era el uso y abuso del único juguete regalado en la navidad anterior por su abuelo José Ángel, ya que todos los demás le regalaron ropa y cosas utilitarias, porque "era lo mejor para él". Este constaba de un sombrero de color marrón y una cinta de color beige que decía Roy Rogers, quién era el héroe del momento en el oeste. También traía un chaleco de imitación piel de vaca con flecos, unas fundas, también con flecos para usar sobre el pantalón. Pero lo mejor de todo era la cartuchera de plástico imitación cuero para 2 revolver Colt .44 de plástico pintados de color plata. La cartuchera tenía insertos para poner las balas de los revolver a todo el alrededor. Al final de las cartucheras había pitas para amarrarlas a los muslos para fijar las cartucheras y que no vuelen al galopar por la pradera persiguiendo pieles rojas. En la mano derecha llevaba a su fiel compañero de batalla, su caballo. El caballo era un palo color caramelo, con una cabeza de caballo en el extremo superior del mismo color como el palomino de la serie televisión Roy Rogers llamado "Trigger". Entre la cabeza y el palo había una correa que hacía las veces de rienda para "manejar el caballo" con mayor destreza con una mano, y así dejar libre la otra para empuñar uno de los revolver al perseguir a cuatros o indios.

- Luchito, ven a tomar tu desayuno. – repitió Lucila
- Un ratito que ya voy tía... - decía esto mientras regresaba de la arena donde acababa de librar una fiera batalla con un piel roja.
- ¡Que vengas muchacho!... se te va enfriar la leche... - insistió Lucila
- ¡ya voy!... - contestó Luchito con su natural rebeldía.
- ¡Ahora mismo! – ya estaba molesta la tía Lucila.

La tía Lucila se había quedado en la casa hacienda para preparar el desayuno. Eran como las 9 de la mañana y ya todos estaban de pie y en actividad. Luchito había salido como a las 8 a jugar luego de haberse vestido con ayuda de Cristina, la cocinera que había venido de Lima con todo el séquito.

Habían salido de Lima 2 días atrás al amanecer, en la camioneta Chrysler station wagon Town & Country 1952, color celeste con aplicaciones de madera en la carrocería. Riojas, el chofer, que le gustaba correr pero que era frecuentemente controlado por Mamalina, había puesto 8 horas para cubrir el trayecto desde Lima hasta Acarí. Se detuvieron en San Luis de Cañete para desayunar en El Piloto, restaurant a la vera del camino recientemente inaugurado. Adelante y al volante Riojas, a su costado derecho Cristina, la cocinera, atrás y detrás de Riojas, la tía Lucila y a la derecha Mamalina. Luchito no tenía lugar fijo. A veces iba adelante al medio, por ratos al medio entre las 2 cuñadas, y a veces en la maletera. Se





aburría mucho de estar en un solo lugar. La camioneta estaba preparada para estos viajes. No había sido el primero. Su motor "flat six" de 6 cilindros en línea de válvulas en el block le proporcionaba de 135 caballos de fuerza, suficientes para mover a más de 120 km/h los 1850 kg que pesaba la camioneta. Al cruzar Ica, Mamalina ordenó a Riojas detenerse en la Iglesia de nuestra señora de Lúren para rezarle a la virgen, y aprovechar de comprar tejas. Cuando regresó de la tienda con una caja enorme llena de golosinas, los llamó para que regresaran. Cristina y Luchito habían bajado a jugar en la plaza frente a la iglesia. Regresaron en un santiamén. Sabían que era hora de disfrutar. Y así fue. Había tejas de chocolate, de naranja, de limón, todas con avellanas, y otros manjares deliciosos que no recordaba el nombre, pero sí su sabor. Acto seguido, regresaron a la carretera y enrumbaron hacia el sur, en la última etapa del viaje. Llegaron a Acarí como a las 3 ó 4 de la tarde, y con la ayuda de Riojas, Cristina, y el capataz Chipana descargaron la camioneta, llevando todo el equipaje al interior de la casa hacienda.

La tía Lucila le alcanzó un enorme vaso de vidrio con leche y Ovomaltina, que era el complemento del momento para la leche. Se lo tomó de a pocos el contenido del vaso. Además, frente a él colocó un plato con huevos revueltos y tomate. Adivinen de donde venían. También había sobre la mesa, panes recién hechos en las marmitas de la ranchería, jamón inglés y queso de Samengo, panadería a la vuelta de la casa, y mermelada de fresa traídos de Lima; y mantequilla de las vacas del fundo. Este desayuno estaba muy rico, y le daba las energías que necesitaba para ir a buscar al vil comanche que casi acaba con él antes del desayuno. Lucila tenía unos sesenta años bien vividos. Aunque parecía tener 10 años menos por su vigor. Era de estatura mediana, algo gordita producto de sus descontrolados con la comida. Vestía un traje color verde esmeralda que le llegaba por debajo de las rodillas. Calzaba zapatos de taco bajo tipo mocasín recién lustrados. Usaba medias color natural de un material indefinido, que se perdían debajo de su vestido, pero no era nylon. Tenía un lunar en uno de sus cachetes, y usaba un sombrero de paja de ala ancha que sujetaba a su mentón con una especie de cinta de tul. Ella impartía órdenes a Cristina, que venía de la cocina trayendo platos con el desayuno y se llevaba platos, tasas, y vasos sucios.

Lucila era la hermana menor de su abuelo, papapa. Pertenecía a una familia cusqueña de viejo abolengo asentada por todo el departamento del Cusco. Hasta donde se sabe, se dice que viene desde la época de la conquista, cuando el conde Amós de Escalante llegó de la península a establecerse en estas tierras en busca de fortuna, fortuna que la madre patria seguramente le negó. Desde esa época hasta fines del siglo XIX, no se tienen elementos ni historias que contar. Pero en los años 80 del XIX, don Nicolás Escalante, experimentado político y hacendado, asentado en la provincia cusqueña de Acomayo, produjo una familia de 5 hijos.

José Ángel, el mayor quién a los 18 años cruzó el puente de Mayuhuilca para buscar nuevos horizontes y para satisfacer sus ambiciones de adolescencia. Luego fue un gran periodista y político. Pero esa es otra historia digna de una obra literaria por sí misma.

Le seguía Lucila, quién se casó con el Dr. Ochoa, de quién tuvo 3 hijos, Renan, Nélida y Georgina (Coquina). Se afincó en un fundo ubicado a mitad de camino entre la ciudad de Urubamba y el pueblo de Yucaj. No era muy grande en extensión pero, era gigante en belleza. La casa estaba rodeada de un hermoso bosque de eucaliptos, que le daban una fragancia, sólo comparable al campo de flores de lavanda que había al costado. Al fondo del paisaje se erguía majestuoso el nevado Chicón, coronado por sus nieves perpetuas y portal del sol matinal, que sin faltar un día a su cita con la vida, aparecía bañando de calidez dorada ese privilegiado valle cuzqueño. Una particularidad del fundo, y que le llamó bastante la atención, era la gran cantidad de conejos de castilla. Había muchos conejos y de todos colores: marrones, negros, blancos, grises, y mezclados. Siempre quiso tener uno para él,





pero todas las voces autorizadas y autoritarias de la familia le hicieron desistir. Lo que sí, comieron cuyes hasta la saciedad.

Antero, era el hacendado. El se quedó con la mayoría de las tierras de Mayuhuilca. No por querer, sino porque sus hermanos emigraron a otros rumbos a encontrarse con sus destinos. Ya lo dije, José Angel, a salvar la patria, Lucila, a disfrutar de su Edén, la tía María, un real enigma, y Nicolás. Ya se hablará de él. Antero, como se dijo, se quedó con Mayuhuilca. Era una hacienda que ocupaba una gran extensión de la provincia de Acomayo, cuna de Tupac Amaru. Limitaba por el sur y el este con el río Acomayo, tributario del río Apurímac. En el vértice donde volteaba el río quedaba la entrada a la hacienda y también la carretera que unía la ciudad con la vía principal entre el Cuzco y Maranganí, provincia de Sicuani. Ahí mismo quedaba el puente Mayuhuilca, que tomaba su nombre del ingreso a la hacienda, e histórico para la familia. Hacia el norte y el oeste limitaba con unas colinas coronadas con bosques de eucaliptos, Al otro lado de las colinas estaba el pueblo de Pilpinto, distrito de la provincia de Acomayo, que tenía la característica de que todos sus habitantes eran rubios, de cachetes ruborizados, y muchos con ojos azules. Se dice que unos alemanes vinieron en la época del presidente Castilla, invitados por él, para poblar esas zonas y enseñar a cultivar la tierra y criar animales, ¿Cómo? ¿Ya no se sabía esto desde tiempos históricos? Lo cierto es que todos eran rubios, y aún siguen allí. En la hacienda había ganado, se sembraba mucho panllevar, y otros productos de la tierra. Era una hacienda muy rica y producía grandes dividendos a los Escalante de la época. A los 13 años Luchito pasó unas vacaciones inolvidables en Mayuhuilca, pero esa es otra historia.

Finalmente, Nicolás Escalante, el menor de todos. De él, no se tiene mucha información que contar, salvo que era una artista y bohemio, y que vivió en París. También se sabe que fue por muchos años alcalde de Huanchac, uno de los más cosmopolitas y prósperos distritos de la ciudad del Cusco. Seguramente esto se deba en gran parte a la gestión del tío Nicolás, aunque es lógico pensar que esta condición excede a su período de vida. Como se mencionó más arriba, la tía María es un enigma. No se tiene ningún recuerdo ni historias que contar.

- Luchito, ¿terminaste tu desayuno? – dijo Lucila.
- Si tía, ya termine... - contestó
- ¿Quieres un poco más de huevos? Mira que ha quedado y no quiero que los boten...
- Ya estoy lleno tía, gracias... replicó
- Oye chicucha, un poquito más, nada más... - seguía insistiendo Lucila
- ¡No quiero! – respondió Luchito con energía.

Dicho esto, se bajó de la silla y se fue caminando hacia los arbustos de donde había salido antes del desayuno. Pero la tía Lucila lo volvió a llamar: "Oye chico, ven que quiero que hagas algo para mí". Bueno, que remedio. Se detuvo en seco, y con porte militar giró sobre sus talones en 180 grados y regresó al comedor. Ahí estaban la tía Lucila y Cristina. Esta última le dijo: "Niño Luchito, no debes contestarle así a tu tía. Ella es buena y quiere lo mejor para ti. Cómete este ságuiche de huevo que yo te he preparado". ¿Por qué insistían tanto en que coma? ¿No se daban cuenta que ya no tenía hambre? ¡Que pesadas! - pensó

- ¿Qué quieres tía? – inquirió
- Anda por el caminito y llama a tu abuela para que venga a tomar desayuno. – le mandó.
- ¿Dónde está Mamalina? – preguntó Luchito.
- Ha ido temprano a hablar con el capataz para que llame a los acopiadores de tomates. – le contestó.
- Tía: ¿Qué son acopiadores de tomates? – preguntó nuevamente.
- Anda muchacho, no hagas tantas preguntas y obedece... llama a tu abuela. – siguió Lucila





- Si tía, ya voy.... - respondió con resignación.
Siguió por el camino por unos 5 minutos y al final se encontró con una acequia no muy ancha, pero no había por donde cruzarla. ¿Y si me caigo al agua? - se preguntó. Será para que todos me griten - pensó. Creo que voy a buscar otro camino - se dijo. Ya estaba retrocediendo, cuando una voz detrás de él le dijo: "Salta nomás, no te vas a caer". Volteó y grande fue su asombro al ver a Genaro. Nunca había conversado con él, ni era aún su amigo.

- ¿Y quien eres tú? - preguntó
- Soy Genaro y quiero ser tu amigo. - contestó el extraño
- Yo me llamo Lucho y podemos ser amigos. - respondió. Nos dimos la mano.
- ¿quieres cruzar la acequia? - le ofreció Genaro.
- Si... - respondió Luchito
- Salta pues... - le reto Genaro
- Y ¿si me caigo al agua? Me castigan - aseguró.
- Ven conmigo - le dijo Genaro con suficiencia y aplomo.

Retrocedieron como 5 metros y empezaron a correr a toda velocidad y justo antes de la acequia saltaron los dos. Instantes después aterrizaron al otro lado de la acequia. Al caer se rompió la pita de una cartuchera de Luchito, y se cayó el revolver. Se sentaron en el piso, ya que Genaro también había caído al suelo, y se echaron a reír. Acababan de sellar una amistad. Lo acompañó todo lo que quedaba del camino. Al final, llegaron a un remanso de la acequia donde había unos árboles.

Debajo de uno de ellos, estaba Mamalina sentada en una silla plegable de madera. Pensaba en la hermosa estancia que la vida le había deparado. Su mirada se perdía en el horizonte distraída, y su cara reflejaba un estado de paz en armonía con la naturaleza. Estaba vestida con una blusa blanca con bordados de colores que le daban colorido y unos pantalones blancos, sujetados a su cintura mediante una correa ancha de cuero marrón. Tenía puestas unas botas de taco aperrillado también de color marrón. A su costado tenía un sombrero jipijapa y su cinta de tul para atárselo debajo del mentón para que no se le vuele. Al estar sin sombrero, se podía ver su hermosa cabellera de color negro intenso finamente recortada y muy bien peinada. Contrastaba con la blancura de su tez, y como rompiendo el contraste, sus labios pintados de rojo carmesí. Resaltaban sus ojos negros flanqueados por sus cultivadas cejas y largas pestañas negras.

- Mamalina, ¿conoces a Genaro? El es mi amigo y juntos hemos saltado la acequia sin caer nos al agua. - se dirigió a su abuela.
- Ese es mi nieto... todo un campeón de salto. Ven para darte un beso. - le dijo
- No Mamalina, ¡está Genaro! Dice mi tía Lucila que vayas a tomar tu desayuno. - le informó.
- Verdad, no he tomado desayuno... si, tengo hambre. Bueno, ¿vamos? - respondió y se puso de pie de un salto.
- Mamalina, ¿Qué son acopiadores? - preguntó Luchito.
- Son personas que vienen en sus camiones a comprar los tomates que cosechamos y que luego de pagarnos, se los llevan al mercado. - respondió.
- Y, ¿cuanto nos pagan por los tomates? - siguió preguntando.
- No seas tan preguntón. Luchito, cuando seas grande quisiera que estudies agronomía y te ocupes de la hacienda. Para eso, te estamos mandando al mejor colegio para que tengas una gran educación. - le replicó con autoridad
- Mamalina, ¿Qué es agronomía? - volvió a preguntar.
- Mira, ya estamos llegando a la casa. Corre y avísale a Cristina que me sirva el desayuno. - le ordenó.
- Ya Mamalina... - obedeció Luchito.





Al llegar a la terraza, Mamalina se sentó en una perezosa a descansar y esperar que Cristina le avise. Mientras esperaba, se puso a pensar en las vueltas que la vida le había hecho dar. Le faltaban apenas 2 semanas para cumplir 50 años de edad, y sentía que había vivido de manera intensa una vida larga y extenuada. Ya tenía 5 hijos, 2 de ellos casados: Lucho y Juanita, quiénes le habían regalado 6 nietos maravillosos, 2 hombres y 4 mujercitas. Tenía al mayor de sus nietos con ella y sabía que lo disfrutaba al máximo. Era un travieso y palomilla, pero a la vez, sabía que la quería mucho y era de los 6 nietos quién más se le pegaba. Recordaba como había sobrevivido a la gran prueba que paso a los 24 años cuando su marido era perseguido por las hordas de Sánchez Cerro, luego de derrocar al presidente Leguía, del que había sido su ministro de estado en la cartera de gobierno, educación y asuntos indígenas, justamente el último año del oncenio. Esta persecución la había agarrado con 4 hijos pequeños. Jorge, el menor de ellos, aún en brazos. Su casa había sido saqueada por una turba enardecida y poco era lo que quedaba de ella y su contenido. Por razones de seguridad se habían trasladado a vivir a la casa de la abuela Juana, y sufragaba los gastos diarios con las ventas de las joyas y otras cosas de valor que había podido sacar horas antes del saqueo. No sabía del paradero de José Ángel y eso la tenía muy nerviosa. Ni siquiera había un canal de comunicación con él. Si hubiese estado muerto, lo ignoraba. Algunos meses después, cuando lo liberaron, se enteró que había estado preso en El Frontón en calidad de preso político. El Frontón, era una cárcel para presos políticos, ubicada en la isla del mismo nombre, al costado de la isla San Lorenzo, como a unos 3 ó 4 kilómetros de La Punta a través del mar, en el Callao.

- Sra. Lina, ya está servido... - anunció Cristina.
- ¿Qué? Ah si, gracias Cristina, ya voy... - respondió.
- ¿Quiere que le prepare su café, o ¿Ud. Lo va hacer señora? - preguntó la cocinera.
- No Cristina, sabes que a mi gusta preparármelo... - le respondió.
- Si señora. El niño Luchito ya tomó desayuno, y ya le di su desayuno a Riojas. Señora, le tiene que decir a Riojas que no pida más de comer porque todo está contado, ¿no? - le sugirió.
- Si Cristina, le voy a decir. - contestó Mamalina.

En eso aparece Lucila y se sienta en la perezosa. Se queda callada unos segundos mirando hacia la piscina, y luego le dice:

- Oye Lina, ¿has visto que rápido se están llevando los tomates? - preguntó Lucila.
- Si, parece que tenemos suerte esta vez y todo se está vendiendo, ¿no? - respondió.
- Hay que decirle a Chipana, que no se olvide de dejar unos quintales para que quede para los peones y la casa. No vaya ser que lo vendan todo y nos quedemos sin estos hermosos tomates. - le pidió Lucila.
- Si pues. Oye, acompáñame a tomar desayuno. ¿Qué ha preparado Cristina hoy? - dijo Mamalina.
- Huevos revueltos con tomate. - le contestó.
- Que bueno, lo mismo de siempre, ¿no?
- Si, pero los hace muy bien. Me hace recordar a la cocinera que tengo en Urubamba.
- Lucila, ¿has visto a Luchito? Ese chico le encanta desaparecer. No vaya ser que le pase algo. La hacienda es muy grande. - le preguntó con aire premonitorio.

Acto seguido entraron a la casa y se dirigieron al comedor. Se sentaron cada una en su sitio y Cristina le alcanzo a Mamalina su taza para el café. Se lo preparó con media taza de café pasado, 2 de azúcar y leche de la ranhería. Cargadito como le gustaba. Se sirvió en un plato un poco de huevos revueltos que ya empezaban a enfriarse y 2 lonjas de jamón inglés. Se sirvió un bocado en el tenedor, se ayudó con un cuchillo y se lo metió a la boca. "Hmmm... que ricos están estos huevos. El tomate les da un sabor especial, ¿no?" Así siguió





comiéndose bocado a bocado el plato completo, y matizando esto con sorbos de su café con leche. Al final nada quedó ni en el plato ni en la taza. Cogió una servilleta de tela y se limpió la boca. Dejó en la servilleta toda la pintura labial que se había puesto antes de salir. Sacó de su cartera el colorete y un espejo, y con destreza única se volvió a pintar los labios. Se miró de reojo el cabello, con un ligero retoque se los acomodó, y devolvió sus herramientas a la cartera. Sacó de la misma, un pomito transparente con una tapa negra y un dibujo inconfundible, mojó su índice derecho y se aplicó unas gotitas a su cuello, y se froto las muñecas con lo que quedó. No se había olvidado de perfumarse con su favorito Chanel N° 5, costumbre que tenía desde, sabe Dios cuando. Se levantó de la mesa y se dirigió a la terraza nuevamente, desde donde se veía todo el panorama. Miró en dirección al galpón y llamó a voz en cuello:

- Riojas! Riojas! – llamó Mamalina.
- ¿Por qué no está trabajando el tractor? ¿Dónde está el tractorista? – insistió.
- Señora Lina, ya voy. Un momento. – contestó Riojas.
- Lo que pasa señora, es que la batería del tractor está sin carga y hay que ver de cargarla. El problema es que la del tractor es de 24 voltios y la de la camioneta Chrysler es de 12. Estamos viendo de conectarlas en serie con la batería de la camioneta pickup para lograr los 24 voltios. – le explicó.
- Ah, que bueno. Pero apúrense que no tenemos mucho tiempo. En cualquier momento viene el ingeniero desde Acarí para ver lo del uso de las nuevas rejas del tractor, y ya tiene que estar funcionando. – respondió Mamalina.
- No se preocupe señora, ya va a arrancar. Para eso somos los expertos, ¿no? – dijo Riojas con aire de suficiencia.
- "Alábate coles que no hay quién te alabe"... ya, ya, ya, vaya nomás al galpón y arregle el tractor. – le contestó con tono burlón.

Acto seguido dio vuelta y regresó a la cocina, miró alrededor y le preguntó a Cristina:

- Cristi, ¿cuánta carne molida queda? El niño Luchito sólo quiere comer hamburguesas, arroz y papas fritas. – le dijo.
- Señora, pensaba hacer papas al horno, como le gusta al doctor. – Cristina contestó con cara contenta. Siempre estaba contenta esta mujer.
- No, no quiero almorzar eso. Si quieres prepárate par ti y Riojas; y dejás para comer en la noche, pero para mi prepárame una ensalada con esos tomates de la chacra y lechuga. Ah, también fríeme un bistec. – pidió.
- Si señora. ¿no quiere que prepare una cazuela? – asintió.
- No, hace mucho calor hoy. Aunque preguntale a la señora Lucila si quiere. Ella seguro va a querer. – le dijo Mamalina.

Lucila entró a la casa y le dijo a su cuñada, que salga a la terraza para conversar, cosa que hicieron por largo rato sentadas en la perezosa. La mañana avanzaba, el tractor ya estaba trabajando, el tractorista lo había ubicado en una zona donde estaban preparando la tierra para la siembra de los olivos. Era un buen lugar para empezar a utilizar las nuevas rejas del tractor. Además ya había llegado un ingeniero para instruir al tractorista en su uso. Había llegado montando un caballo enorme de color marrón oscuro y cola rubia. Venía de la hacienda de a lado, en donde había ayudado a programar un método de siembra novedoso de algodón.

Luchito se había ido de regreso a los matorrales a encontrarse con su destino nuevamente. Esta vez no fue de esa manera. En el camino lo distrajo una fila interminable de hormigas que llevaban a un agujero en la tierra los despojos de un gusano muerto. Le llamó la atención la manera ordenada y disciplinada en que esto se producía y se quedó mirando.





----- XXX -----

Capítulo 4: Peque-peque

Al mediodía cuando el sol estaba en el cenit y hacía más calor, la hacienda estaba en su punto más álgido. Parecía una colmena de abejas en un proceso de producción de miel a paso acelerado. Todos hacían su labor. En una parte de la hacienda, el tractor con el tractorista, el ingeniero visitante y Riojas que fungía de mirón. Aunque, después de todo no tenía nada que hacer. Hacían que las rejas nuevas empezaran a surcar la tierra creando interminable filas onduladas de tierra donde luego vendrían los peones a sembrar los almácigos de olivos especialmente traídos desde Tacna de una hacienda aceitunera propiedad de un amigo de papapa. El paisaje era complementado con el ronroneo del tractor, que se sentía a la distancia con su inconfundible poc-poc-poc-poc,... sonido producido luego de las explosiones de bajas revoluciones del motor de 4 cilindros del tractor.

En el extremo opuesto, decenas de peones y sus mujeres en labor de cosecha de tomates. Al lado de ellos, otros tantos peones poniendo los tomates en jabas de madera de 25 kilos cada una. A su vez, estas eran izadas a los camiones de los acopiadores y colocándolas ordenadamente sobre las plataformas. Al lado de la puerta de cada camión, un acopiador contando las cajas y pesándolas en una vieja balanza Toledo con capacidad hasta 250 kilos. Como siempre, los choferes dentro de las cabinas durmiendo. ¿Cuándo se iban a despertar?

En la casa hacienda, Mamalina y Lucila desde la sombra de la terraza vigilaban atentas estas labores para que todo salga bien. La primera, mientras supervisaba la faena del día, pensaba también en su marido, quién a esa hora del día, debía estar en la Cámara de Diputados con unos delegados de la provincia de Espinar del departamento del Cusco, escuchándolos y probablemente pidiéndole que eleve al pleno de la cámara de diputados, un proyecto de ley para la creación de una gran unidad escolar para la capital de la provincia. Esto hacía tiempo que se lo habían pedido, pero en la comisión de educación, la cual presidía, se habían tumbado el proyecto por un solo voto, a favor de un proyecto similar para la creación un colegio militar en la ciudad de Chiclayo, el Elías Aguirre. Era una derrota para sus intereses como disputado por Espinar, y eso lo tenía muy abatido. A sus 74 años de edad, a pesar de su fortaleza física y lucidez mental, estas cosas le producían taquicardias y subidas de presión, amén de los cada vez menos cigarrillos de tabaco negro Inca especial que fumaba. A Mamalina le preocupaba no estar a su lado. Había dejado instrucciones claras y precisas con Nicolasa para ésta eventualidad. Además, estaba siempre a mano, Aurelio el marido de Juanita, quién era un reputado cirujano gastroenterólogo. Rápidamente disipó cualquier pensamiento negativo, y siguió repasando su agenda de actividades que había dejado de hacer en Lima, para venir a Acarí.

De repente y sin mediar aviso alguno, la actividad y la monotonía del ambiente se quebró. La bomba de agua se detuvo, luego de unas tosidas del motor impulsor, un motor de 4 tiempos Briggs & Stratton de 10 caballos de fuerza color verde. El sonido que marcaba la pauta y el ritmo de la vida en la hacienda había dejado de existir. Peque-peque-peque-peque-peque-peque-peque-peque-.....-.....-..... Luego el silencio. Sólo se seguía sintiendo el poc-poc-poc-poc-poc del tractor que como si fuese guiado por la mano maestra, también se detuvo. A partir de ese momento, sólo se escuchaba la brisa que venía de los acantilados del mar. Parecía si la tierra y el sol se hubiesen detenido en sus pasos. Hasta la respiración se les contuvo.

De pronto, todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y voltearon en dirección de la piscina, como buscando una explicación a ésta súbita detención de la vida. Mujeres, hombres y niños se levantaron y se empezaron a mirar para encontrar una razón de esto. Algunos abandonaron sus puestos de trabajo y se empezaron a dirigir hacia la piscina como autómatas. El silencio fue roto por una voz femenina, pero con la suficiente autoridad para





hacer que todos los que la escucharon voltearan hacia ella. Mamalina nuevamente asumía su rol directriz.

- Chipana – gritó a viva voz.
- Señor Chipana. ¡Venga inmediatamente! - ordenó
- Ya voy señora... un momento por favor – respondió Chipana
- Riojas! Riojas! ¿Dónde está? Riojas!

Del galpón salió Riojas en su traje de faena, es decir, uno viejo overol de denim con una camisa blanca y con un pañuelo anudado en el cuello. Su tez oscura, curtida por el sol y los años, brillaba producto de las pequeñas gotitas de sudor que le adornaban la cara, y que cada cierto rato se secaba con su pañuelo. Riojas tendría unos 48 años de edad. Antes de venir donde Mamalina, se acercó a la bomba de agua. Trajo consigo al tractorista y le indicó que revisara la bomba para determinar el desperfecto. Mientras se dirigió hacia donde estaba ella.

- Señora, un ratito que el mecánico está revisando la bomba. No se preocupe que seguro se ha quedado sin gasolina y en un momento seguirá trabajando. Hay que terminar de regar toda la zona de los tomates. – acotó Riojas
- Bueno, bueno. ¿Dígame como va lo del tractor?, ¿valió la pena traer al ingeniero? – dijo Mamalina.
- Si señora, está bien el ingeniero. Le ha enseñado al mecánico como enganchar las rejas. – se refería al tractorista.

Desde la bomba, el tractorista llamó a Riojas. Este fue hacia la bomba, y ella se unió a él. Llegaron a la sala de máquinas donde estaba la bomba y preguntó:

- Salas, (así se llamaba el tractorista), ¿Qué ha pasado? ¿se ha acabado la gasolina? ¿Por qué no le pone más gasolina?
- No señora, no es gasolina. Lo que ha pasado es que el rodaje principal del cuello del desagüe de la bomba se ha roto. – apuntó.
- Entonces, arréglenlo lo más rápido para no quedarnos sin agua. – dijo Mamalina
- No se puede – dijo Salas
- ¿Cómo? – se preguntó
- Es que está roto y hay que reemplazarlo con uno nuevo antes de que se desboque y haya que mandar a rectificar toda la bomba. Eso demoraría 3 ó 4 días. Mejor es cambiar el rodaje. – se defendió Salas
- Entonces, póngale uno nuevo de una vez antes de que nos quedemos sin agua. – dijo ella
- No tenemos ese repuesto. Habría que traerlo desde Chala. En la ferretería Arequipa de don Ricardo tienen. El vende repuestos para peque-peques.
- Riojas, vaya con Salas a Chala y compre ese repuesto inmediatamente. Lleve cincuenta soles. Salas ¿con eso alcanzará? – preguntó Mamalina
- Si señora, sobrado y con el vuelto podemos tomarnos una gaseosa... - se aventuró Riojas.
- Cuando no, Riojas. Siempre sacando partido, ¿no? – replicó en tono burlón.

Luego, ambos hombres se subieron en la camioneta Chrysler, y cuando estaban por arrancar Luchito preguntó:

- Mamalina, ¿puedo ir yo también?,
- No, porque quiero que te quedes conmigo. – le contestó su abuela.
- Entonces, ¿puedo ir a jugar al potrero?
- Si, pero no vayas muy lejos porque quiero estar viéndote. – le ordenó





Al no haber el flujo vital de manera automática, las labores cambiaron. La mitad de los peones dejaron sus labores de campo y fueron a buscar baldes y depósitos para llevar el agua de la piscina a las acequias de regadío, que hasta unos minutos antes, eran abastecidas por el circuito de tubos que partían de la bomba. Ahora el trabajo tendría que ser manual. Los peones con sus baldes de latón zincado, o de madera, se acercaban a la piscina, recogían una cantidad de agua y la llevaban a pie hasta la acequia colectora, a unos 250 metros de distancia. Eran unos 30 peones haciendo esto de manera circular. Esto se haría en las próximas 2 horas hasta que sea la hora del almuerzo o que llegue el repuesto.

----- XXX -----





Capítulo 5: Renacuajos

Había pasado como 2 horas desde que el peque-peque se apagara y cambiara la rutina en la hacienda. Los peones iban y venían como las hormigas, llevando alimento vital al hormiguero. Luchito las recordó cuando vio mas temprano llevando los restos del gusano. La diferencia era que los hombres no llevaban despojos del gusano para guardarlos para un momento de necesidad, sino que era para una necesidad inmediata y vital.

Luchito se encontraba como a 50 metros de la piscina. Mantenía equidistancia con la casa para estar a la vista de su abuela, quién le había dicho que se mantenga cerca y a su vista. A el mismo le había parecido extraña su actitud. Había aceptado muy fácil la orden de su abuela de permanecer a distancia, a contrapelo de su constante y peregrina actitud rebelde de actuar a la inversa de toda orden recibida. Se había sacado el uniforme de cowboy después del desayuno y se sentía más ligero y ágil. Además, le había entrado temor de que al regresar al matorral se vuelva a encontrar con ese comanche que casi le corta el cuero cabelludo. No tenía ninguna táctica de cómo contrarrestar la fuerza del predador, y la verdad que estaba un poco aburrido de ese juego.

Ahora recordaba su primer año escolar. Lo había pasado en el Colegio Inmaculado Corazón en Miraflores. Había ingresado a Kindergarten, 2 años previos al primero de primaria. Aún le faltaba llevar Transición éste año, para que recién el próximo entre a primero. Esto del colegio había sido una experiencia totalmente nueva. Ya no estaba todo el tiempo junto a Mamalina en la casa o con la Nico que se ocupaba de el. Tampoco estaba Cristina, ni Josefa la otra cocinera, ni Andrés el mayordomo, y marido de Nicolasa. Todos habían sido reemplazados por una monjas que sólo hablaban inglés, una lengua que no entendía y que nos enseñaron a leer y escribir. Además, eran distintas a las personas de la casa. Las monjas eran de otro país, su piel era rosada, de ojos azules y cabellos rubios, con nombres en inglés, salvo la sister María, que era peruana, bien peruana, y hablaba castellano. Lo bonito era que había muchos niños como el. Unos más altos y otros más bajos. No se conocían, pero una cosa si sería segura con el tiempo, esa amistad sería sólida como una roca. Era la amistad que cultivarían a lo largo de la vida. Hoy 39 años después de haber salido del colegio aún se reúnen en grupos de hasta 50 en ocasiones. En Kindergarten A, que era su salón de clase, les había tocado la sister Dolores, una gringa como de unos 22 años de edad, un poco gordita, rubia de cabellos como los rayos de sol, y miraba el mundo a través de unos enormes ojos de color azul acero. No hablaba nada de castellano. Ellos no hablaban nada de inglés. Sin embargo, el método y la disciplina hicieron que en muy poco tiempo empezaran a entenderse mutuamente. Lo más divertido era como a media mañana y a la media tarde, sonaba un enorme timbre encima de la puerta de acceso al pabellón de aulas, y todos salían de clases en total desorden y caos, a jugar en el recreo. Siempre jugaban fútbol. A veces los equipos eran de toda la clase A contra la sección B. Se ponían unos mamelucos color caqui que les cubría todo el uniforme del colegio. Este uniforme era azul marino, pantalón corto y saco tipo cardigan sin cuello, ya que el cuello de la camisa sobresalía sobre el saco. Una corbata azul, pero de elástico, esas que ya vienen hechas. Los zapatos eran de color marrón y las medias blancas, aunque usualmente regresaban de cualquier otro color. Llegaba al colegio en el ómnibus de la ruta Miraflores, que lo recogía de la avenida Arequipa. Era el primero en subir, y el último en bajar. Algunas veces lo recogía su abuela que iba con el chofer, quien lo buscaba y lo llevaba al carro a esperar que saliera de la secretaría del colegio. Siempre visitaba a la secretaria del colegio, la Sra. Delia Chang Kan, una china de edad indefinida pero con una autoridad más feroz que la de un dragón en el año nuevo chino. Nadie tenía las agallas de pasar frente a su puerta. Quien lo hiciera era hombre muerto.

De repente los peones dejaron de ir a la piscina a recoger agua. El sol estaba en lo alto y hacía mucho calor. Vio como se iban todos al comedor de la ranhería donde las mujeres los





esperaban con sus portaviandas que eran unas ollitas de fierro enlozado puestas una encima de otra, sujetas por unos flejes en los costados y que en la parte superior hacían de asa para llevarlas. A cada peón le tocaba un portaviandas con sus alimentos. Por lo general, había una mujer al lado de los hombres y en varios casos, niños alrededor. Esta gente tenía un alto sentido de la familia.

Al otro lado del campo visual de Luchito se veía la casa pero no estaban ni su abuela, ni la tía Lucila, ni nadie. Volvió a mirar hacia la rancharía y eso era un enjambre de gente comiendo y riéndose, pasándola bien. En realidad, se sintió solo en ese momento. Tuvo una súbita necesidad de correr a la casa hacienda a buscar a los demás, inclusive se paró del tronco donde estaba sentado, y empezó a dirigirse a la casa. Sin embargo, a la mitad del camino volvió la mirada hacia la piscina, y le llamó atención un brillo que se produjo por el ángulo en que estaba la llave inglesa, con la que habían desarmado la bomba para sacar el rodaje roto, y la posición del sol de manera perpendicular al piso, creando un potente rayo de luz que le impactó en los ojos casi cegándolo. Se detuvo, y sin mediar ningún razonamiento cambió de dirección y se enfocó hacia la piscina. Al costado de la llave inglesa había un balde de fierro medio lleno de agua, dejado así por algún peón al retirarse para almorzar. El balde estaba casi al filo de la piscina. Solo le tomó un par de minutos en llegar al filo de la piscina. Al llegar se paró al borde, y miró a su alrededor sin ver a nadie cerca. La rancharía estaba lejos, aunque la casa hacienda estaba mucho más cerca, pero nadie estaba en la terraza.

Sin pensarlo, cogió el asa del balde que tenía una forma de semicírculo haciendo un ángulo recto respecto al borde superior del balde. Lo levantó, aunque notó que estaba pesado, tuvo cierta dificultad para levantarlo totalmente. En ese momento, sosteniendo el balde en el aire, pensó que él podía hacer esa tarea que habían estado haciendo los peones. Iba a ser su pequeña contribución a la solución del problema ocasionado por el rodaje roto de la bomba, para que no falte agua en la hacienda. Se había inspirado en las hormigas llevando descuartizado el gusano al hormiguero. Se había quedado muy impresionado del orden y disciplina de como estos insectos hacían su labor comunitaria, como una máquina muy bien aceiteada. Eso era lo que le impactaba y le encendía sus motivaciones generándole un torrente indomable de adrenalina. Lo que no sabía, es que esto iba a desencadenar un drama de proporciones bíblicas en la hacienda en los siguientes minutos.

Con el balde en la mano izquierda se acercó al borde la piscina, se arrodilló, arrastró el balde hacia el borde de la piscina, y con un empujón de su otra mano, lo introdujo al agua con el objeto de hundirlo y recoger agua para llevarla a la acequia, y de esa manera cumplir con su cometido. El balde cayó al agua, había unos 20 centímetros entre la superficie del agua y el borde de la piscina. El balde ganó velocidad en un instante, y al impacto con el agua produjo un surtidor de agua que lo bañó íntegramente y esto lo aturdió por lo súbito e imprevisto. El balde, luego del impacto se hundió inmediatamente y jaló su brazo izquierdo, que era el obstáculo que le impedía hundirse hasta el fondo de la piscina. Esto produjo una fuerza que casi lo obliga a soltar el balde, y que se éste se hunda. Pero, lejos de soltar el balde, introdujo su brazo derecho para asirlo mejor y no soltarlo, y así poder recoger el agua para su tarea. Sin embargo, el peso del balde y la fuerza dinámica generada por éste aumento drástico de peso, hizo que Luchito se abalanzara más hacia el agua en una lucha desigual por no dejarse arrastrar con el balde al fondo de la piscina. Con medio cuerpo metido dentro de la piscina y boca abajo, trato de levantar el balde pero no pudo. Acababa de tragar agua y eso le restó energía para seguir luchando. El último intento de salir del agua, pero con el balde aún en sus manos, no hizo otra cosa que pierda el poco efecto de palanca que le quedaba al cuerpo, y cayó completamente al agua.

A 100 metros de distancia, una rueda de bicicleta oxidada giraba como un torbellino a toda velocidad. Llevaba a un niño como piloto. Su timón era un alambre que servía como guía a la rueda. Al volante de ese torbellino iba Genaro, amistad reciente de Luchito, con quien había





saltado una acequia horas antes, sellando de esa manera una amistad impercedera. Al levantar la mirada para ver que camino seguir le pareció ver una salpicadura de agua en la poza. Le llamó la atención esto, ya que no había nada que lo provocara. Estimulado por la curiosidad, cambió de rumbo y con su bólido de una sola rueda se enrumbo a la piscina. Tardaría en llegar un par de minutos.

Mientras en la piscina, el drama iba en aumento. Luchito seguía aferrado con sus 2 brazos al balde que se dirigía inexorablemente a las profundidades de la poza. En el camino ya había tragado una cantidad de agua, que hacía más pesado aún al convoy combinado del balde y su cuerpo. A estas alturas ya había empezado a perder la conciencia. Ya no podía discernir entre el deber de regresar a la superficie con el balde y la urgencia de soltarlo para salvarse. Sus pensamientos recalaban en la imagen de su abuela diciéndole hacia unas horas que no se vaya lejos, y que quería tenerlo a la vista. Se imaginaba lo molesta que iba a estar por esto y que el castigo iba a ser muy severo. Adiós a las vacaciones. Conforme seguía hundiéndose las imágenes y sus pensamientos se iban disipando en un manto de oscuridad que se hacía cada vez más intenso. Luego la oscuridad y la nada.

Genaro llegó al borde de la piscina, y lo que vio lo horrorizó. Su amigo estaba en el fondo hundiéndose y agarrado de lo que parecía un balde. Lo empezó a llamar por su nombre, pero como era obvio, no obtuvo respuesta. Por un instante vaciló y no supo que hacer. Si se tiraba al agua, o pasaba la voz para que algún adulto hiciera el trabajo. Hizo lo correcto y optó por lo segundo. Se fue corriendo a la casa hacienda a buscar a la patrona, la señora Lina.

- Señora, señora, señora, señora – gritaba Genaro
- Señora Lina, el niño Luchito se ha caído a la poza – seguía gritando

Mamalina salió corriendo. A su lado salieron también Lucila y Cristina.

- ¿Qué pasa muchacho? ¿Por qué gritas tanto? – dijo Lucila
- Es que el niño Luchito se ha caído a la poza y no sale – insistía Genaro
- ¿Cómo así? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? – preguntó Mamalina
- No lo sé señora, hay que ir a la poza...

Dicho esto, se dirigieron a la piscina a la carrera. Genaro llegó mucho antes que los otros y sin detenerse se tiró al agua. En un santiamén desapareció y cuando llegaron ya no se les veía. Con todo este alboroto, llegaron Chipana y otros peones. Se aventaron al agua Chipana y otro joven de unos 20 años. También desaparecieron en el agua. Mamalina al llegar tuvo el impulso de aventarse al agua también, pero se detuvo. Tuvo la tranquilidad para pensar que ya había personas en el agua, y que ella lejos de ayudar, sería un estorbo. Más bien les dijo a Cristina y Lucila, que fueran a la casa y trajeran toallas, alcohol, algodón, en general artículos de primeros auxilios, ah! y que no se olviden del mentolatum.

El primero en salir fue Genaro, quien había agotado su reserva de aire y regresó. Mamalina le preguntó por Luchito.

- ¿Dónde está el niño Luchito? ¿Por qué no sale? – dijo con impaciencia y angustia
- Señora, creo que lo está sacando el maestro Chipana. – dijo Genaro
- Y, ¿cómo puede haber pasado esto? – se preguntó Mamalina
- Pobre, seguro que se le cayó algo y se aventó sin pensar. Muchachito malcriado... - se dijo a sí misma.

En eso aparece Chipana con Luchito en sus brazos. Dos peones que estaban esperando al borde de la piscina recibieron el cuerpo inerte. No se movía. Tenía la piel de la cara de color





azulado, los ojos abiertos con la mirada vidriosa y perdida. Tenía la barriga hinchada y las manos amorotonadas. Parecía muerto. Por un momento Mamalina pensó lo peor. Sin embargo, su instinto de madre la llevó a arrebatarle a su nieto de las garras de la muerte. Se arrodilló al lado del cuerpo inerte y lo cacheteó en ambos lados. Nada. Entonces recordó algo que le había escuchado decir a Juanita, su única hija mujer, que había recibido clases de primeros auxilios en el Hospital Obrero de Lima, donde conoció a su marido el Dr. Díaz-Ufano, que en estos casos se le volteaba boca abajo y se le ejercía presión levantándolo del abdomen de abajo hacia arriba, para que el diafragma sirva de elemento reanimador de los pulmones, los que estaban llenos de agua, y su nieto vuelva a respirar. No lo pensó 2 veces, y eso hizo. Al primer intento, nada. Otro más, nada. Le invadió una sensación de terror. Perder a su primer nieto, era algo que no iba permitir. Siguió una y otra vez. Unas gotas de sudor aparecieron en su frente, las que empezaron a caer por y que arrastraron el rimel de sus cejas creando unas líneas negras que le caían por un costado de la cara. Un intento más. Esta vez apareció por la boca de Luchito un renacuajo, que con mirada incrédula salía en un chorro de agua como corriendo una ola de La Herradura. Volvió hacer lo mismo, y nuevamente otro chorro de agua por la boca y otros tantos renacuajos en este intento. Otro más y lo mismo, más agua y esta vez con algunos restos de desayuno ya procesados por los líquidos gástricos en forma de flema y bilis. Sin embargo, aún no respiraba. Mamalina recordó lo de la respiración boca a boca, y de manera inmediata la aplicó. El resultado después de varios intentos fue unas tosidas intermitentes que le abrieron los pulmones nuevamente llenándolos de aire, y devolviéndole la vida, que estuvo a punto de perder. Lo primero que vio Luchito al abrir sus ojos fue a su abuela quién lo tenía entre sus brazos. El miedo que lo había embargado durante todo este trauma empezó a disiparse, dejando espacio para su recuperación anímica producto de la confianza recuperada al encontrar a su abuela frente a él, y en control de la crisis.

- Mamalina ¿Qué ha pasado? – fueron las primera palabras que dijo Luchito al despertar.
- Nada hijo, solo que te has caído a la poza, pero ya pasó todo. – dijo Mamalina aún nerviosa por lo que había pasado.
- Mamalina, yo no quise que el balde se cayera al fondo de la piscina, pero no lo pude evitar... - lo traicionó su conciencia.
- No hay nada de que preocuparse muchacho. Ahora nos vamos a la casa a que descanses – dijo con seguridad.
- Mamalina, ¿no me vas a castigar por dejar que el balde se pierda? – preguntó Luchito incrédulo, sin darse cuenta de lo cerca que había estado de morir.
- No, esta vez no, pero si lo vuelves hacer te mato, ¿oíste? – dijo, esta vez con enojo y angustia.
- No quiero volverte a ver cerca de esa poza hasta que regresemos a Lima – insistió.
- Pero, ¿puedo ir a jugar entonces? Yo estaba viendo como las hormigas llevaban un gusano muerto a su hormiguero. Las hormigas son animales inteligentes, ¿no? – preguntó.
- Si, son muy inteligentes, pero tampoco se dejan caer a la poza de agua, así que no me vuelvas a hacer esto muchachito, porque casi me matas del susto. – insistió la abuela.

Dicho esto último, todos regresaron a sus labores. El capataz llamó a los peones que habían terminado de almorzar, y con este barullo se había extendido la hora del almuerzo, y los hizo regresar a la línea de abastecimiento de agua de manera manual, desde la piscina hasta la acequia. Mamalina, Lucila, Cristina y Luchito se dirigieron a la casa sin decir palabra. Al llegar a la terraza, su abuela se volteó y vio que Genaro se iba con su rueda de bicicleta hacia la ranchería y lo llamó:

- ¡Genaro! ¡Genaro! – gritó
- Si señora, ya voy... dijo mientras regresaba a la casa hacienda.





- Quiero agradecerte por haber dado la voz de alerta... - dijo con voz dulce y tierna, mientras lo acercaba hacia ella y le dio un beso en la frente
- No hay porque, señora, Luchito es mi amigo y por eso le avisé - dijo con tranquilidad Genaro.
- ¿Ya almorzaste? - le preguntó
- No señora, tengo que esperar que mi mamá termine de recoger los tomates - contestó Genaro
- Nada de eso, quédate a almorzar con Luchito. Cristina, ponle un puesto a Genaro en la mesa - dijo ella con autoridad mientras volteaba a buscar a Cristina.
- Bueno señora, pero, ¿no hay problema, no? - preguntó Genaro.
- No hijito, quédate nomás. Cuando venga tu mamá quiero que me busque porque quiero que te vengas a Lima a estudiar por mi cuenta. Un héroe como tu tiene que tener una buena educación. - dijo Mamalina con mucho cariño, cariño que se había ganado Genaro con su acto de heroísmo.
- ¡Gracias señora! - respondió Genaro.

Luego de sentarse en la mesa a almorzar, Cristina empezó a servir los diversos platos del banquete que le habían preparado a Genaro. La tía Lucila lo felicitó y le regaló veinte soles que tenía en el bolsillo. Mamalina le reiteró su interés de que vaya a Lima a estudiar. Luego conversaría con su mamá, pero ella no quiso desprenderse de su hijo, y más bien, acordaron una pensión fija mensual para que tenga la educación pero en un colegio de Chala, y no en el de Acarí que era más modesto. Lo que si acordaron que las próximas vacaciones de Genaro, éste fuera a Lima a pasar un mes con Luchito. Esto si se cumplió. Aunque después de este encuentro de amigos, nunca más se volvieron a ver en la vida.

Como a las 2 de la tarde, y luego del almuerzo, la camioneta Chrysler apareció en el horizonte, llegando de Chala y levantando una polvareda a su paso por el camino hacia la hacienda. Al llegar al galpón, Riojas y el tractorista se bajaron y caminaron hasta la casa para encontrarse con Mamalina para informarle sobre su viaje, y de cómo habían encontrado el repuesto. Se enteraron de lo sucedido y lamentaron los hechos. Luego de ello, se dirigieron a la sala de máquinas, cambiaron el rodaje y encendieron el motor Briggs & Stratton que impulsó la bomba de agua, recuperando la monotonía del ambiente al sonar de manera constante y perezosa el peque-peque-peque-peque-peque-peque-peque-peque-peque que gobernaba la vida en Ninabamba. La vida se había restablecido.

Por la tarde, después del almuerzo y el reinicio de la bomba de agua, Luchito se vistió nuevamente con su sombrero, sus revolver y su caballo, y saliendo con Genaro, quién montó su bólido, se perdieron en los matorrales en busca de nuevas aventuras. Ahora ya eran dos contra el comanche. Pobre comanche.

----- XXX -----

